

EDUCACION EXTRAESCOLAR MEDIANTE CONCIERTOS, RADIODIFUSION Y TELEVISION

por

Andrés Pardo Tovar

Comunicación destinada a la II Conferencia Interamericana de Educación Musical, reunida en Santiago de Chile: noviembre a diciembre de 1963.

Por los años de 1920, un niño acudía habitualmente a los conciertos que en el patio principal del Capitolio Nacional y en el antiguo e histórico Parque de Santander, clásicos lugares de la ciudad de Bogotá, presentaba semanalmente la Banda Nacional de Música, entonces dirigida por don Andrés Martínez Montoya, gran señor y meritorio educador, compositor y organista. La asiduidad de ese niño atrajo la atención y la simpatía del maestro Martínez Montoya, quien se complacía respondiendo a sus preguntas, enseñándole la misión expresiva de los instrumentos de que se componía el conjunto y explicándole su clasificación y características y la manera cómo se agrupaban y complementaban.

De esas audiciones, y de las generosas explicaciones del maestro Martínez Montoya, nació un modesto investigador y pedagogo, que por espacio de más de treinta años ha persistido en un ideal formativo: la integración cultural y humanística del futuro músico profesional. Y a quien ha correspondido, en su país, iniciar las cátedras de historia y de morfología musical, a tiempo que organizar la investigación tecnificada del ámbito folklórico.

Esta vocación, de consiguiente, surgió de esas lejanas audiciones populares y no propiamente de los estudios realizados por el autor de esta comunicación, ora en el Conservatorio Nacional de Música, bien con profesores particulares. En realidad, de verdad, en él fructificaron aportes sensoriales, emocionales e intelectuales que tienen su raíz profunda en lo que bien pudiera calificarse como "educación extraescolar". Más tarde, las experiencias iniciales se vincularon a la docencia activa, adelantada a par de un empeñoso esfuerzo autodidáctico. Y hubo de culminar en tareas que dicen orden a programación cultural radiotelevisada.

Dadas las anteriores premisas, puede permitírseme hablar aquí de mis propias experiencias. Lo que resulta más interesante que una comunicación de tipo meramente teórico y sistemático.

1. Organización de conciertos educativos.

Sobraría recordar, quizás, que todo concierto o recital de música culta es, por definición, esencialmente educativo. Además, que la presencia viva del o los intérpretes suscita, respecto del auditorio, vínculos anímicos que aseguran o facilitan la comprensión del mensaje musical. En este terreno, sin embargo, conviene establecer algunas distinciones.

Educativo es un concierto o un recital cuando se integra con obras que responden a la preparación cultural del auditorio. O cuando se organiza técnicamente para un grupo, para un público determinado y a base de un repertorio determinado: para niños, para jóvenes o para universitarios, pongamos por caso. Porque no basta con calificar de "educativo" o de "popular" a un concierto o recital para que efectivamente lo sea. Además de la adecuación de los repertorios, este tipo de audiciones presupone un itinerario previo, e implica comentarios previamente publicados, a fin de preparar la atención consciente de los oyentes. Se requieren, además, comentarios hablados que precedan a la ejecución de las obras musicales y que están confiados a persona sencilla y cordial, pero responsable. Y que antes que buscar su propio "lucimiento", desempeñe su tarea con autoridad y propósito de verdadero maestro.

El autor de este comunicado no cree en los llamados "conciertos infantiles", a menos que éstos corran a cargo de los mismos niños. Y esto porque el niño no es ni puede ser un contemplador que reciba pasivamente un mensaje cualquiera, y mucho menos el estético. El niño —y de aquí la verdad y la eficacia del método activista de Carl Orff, precedido por el admirable sistema rítmico de Dalcroze— sólo puede interesarse en aquello en que participa activamente. Cosa distinta habría que afirmar respecto de los auditorios propiamente juveniles, como son los integrados por universitarios.

Tampoco creo en los llamados "conciertos populares", cuando éstos se efectúan para públicos reducidos, y en las salas a las que habitualmente no concurre sino una minoría de aficionados cultos, o de simples "snobs". De otra parte, los "conciertos populares" deben ser organizados y planeados a base de un derrotero histórico y estético. Una programación acomodaticia y ocasional, acordada como "para salir del paso" e integrada con obras de escaso relieve estético, o simplemente "brillantes" o espectaculares, no puede ser ni popular ni educativa. Los conciertos llamados "populares", lo serán en la medida en que faciliten la asistencia del mayor número posible de gentes de las clases populares. A esta verdad de Perogrullo, que es preciso recordar con frecuencia, habría que agregar otro postulado fundamental: Los llamados conciertos populares serán educativos en la medida en que sigan un derrotero histórico y estético.

II. Radiodifusión y televisión

En el uso y explotación de frecuencias radiales y de canales de televisión, existen tres distintos sistemas: a) frecuencias y canales monopolizados por el Estado y esto con fines educativos, informativos y culturales (B.B.C. de Londres, radiotelevisión francesa, etc.); b) libertad de frecuencias y canales, para explotación comercial de particulares, y c) libertad de frecuencias y monopolio de canales (Colombia) o viceversa. Cabría recordar que, en el segundo caso, es obvio que el Estado puede reservarse determinadas frecuencias o determinados canales para una labor informativa o cultural.

Hasta fines de 1962, el sistema colombiano —por lo que dice a iniciativa cultural del Estado— operaba a través de las frecuencias de la Radiodifusora Nacional y de determinados espacios, llamados "culturales", de la Televisora Nacional. Sólo que esta última vendía y continúa vendiendo tiempo para anunciadores particulares. Su programación era así de tipo "mixto". En cambio, la Radiodifusora Nacional sólo producía una programación de carácter cultural —artístico y científico—, en parte elaborada por empleados (programas "de planta") y en parte por

colaboradores especiales. En la actualidad, la Radiodifusora Nacional no tiene espacios comerciales, pero sólo presenta programas "de planta".

Ahora bien: a través de su programación cultural, ambos organismos venían ejerciendo un verdadero y fecundo mecenazgo artístico, a tiempo que eran los vehículos a través de los cuales cumplía el Estado colombiano con uno de sus deberes fundamentales: promover el progreso espiritual de los asociados. Es así como pudieron surgir agrupaciones que alcanzaron la excelencia de la Orquesta de Cuerdas que fundó Jaime Guillén y dirigió Frank Preuss, o del Cuarteto de Cuerdas Bogotá. Y como actuaban constantemente en la Radiodifusora Nacional muchos y diversos instrumentistas, cantantes y grupos de cámara, tanto nacionales como extranjeros. Y como artistas de la talla de Roque Cordero y de Blas Galindo pudieron presentar sus propias obras y ser entrevistados, no ya ante el reducido núcleo de los habituales de un teatro oficial, sino ante la faz de toda la nación. Los compositores cultos de Colombia, además, tenían un mercado efectivo para sus obras, tanto en los programas de la Televisora como en los de la Radiodifusora Nacional. Estímulo fecundo, que suscitó la aparición de obras vocales e instrumentales que se cuentan entre los índices más significativos de nuestra cultura nacional.

En la Radiodifusora Nacional existió, además, un programa semanal que por espacio de trece años informó constantemente sobre la vida musical del Nuevo y Viejo Mundo, y en el cual se presentaron —por vez primera en Colombia e incluso en Sudamérica— muchas de las obras musicales más representativas entre las escritas de 1950 a 1962.

Esa labor —que en alguna ocasión fue calificada como ejemplar por el maestro Domingo Santa Cruz— era complementada y coronada con la publicación de una revista mensual única en su género, a pesar de su título —"Boletín de Programas"— muy modesto de suyo.

Pues bien. Esa labor de tantos años, consolidada experimentalmente, fecunda en resultados y que superaba generosamente el ámbito nacional, fue súbitamente discontinuada a comienzos del año en curso, y ello en virtud de determinaciones oficiales que todavía no han sido explicadas. Porque no puede explicarse lo injustificable.

Es lo cierto que en algunos países de Hispanoamérica, lejos de avanzar, retrocemos culturalmente a grandes pasos. Pero como del mal suele en ocasiones salir el bien, cabe esperar que esta denuncia formulada en ámbito internacional, mueva a otros países de nuestra América a reconstruir, dentro de sus respectivas fronteras, la hermosa realización cultural que —por lo que dice a radiodifusión y a televisión educativas— floreció en Colombia hasta hace algunos meses. Nuestra actitud desconsolada y pesimista, en presencia de nuevos y vigorosos retoños, se cambiaría entonces en ímpetu optimista y entrañablemente panamericano.

III. *Las escuelas radiofónicas*

Funcionan con éxito en Colombia las Escuelas Radiofónicas de Acción Cultural Popular, poderosa organización de la iglesia católica, subvencionada por el Estado. Estas escuelas tienen como bases dos emisoras de ondas cortas, que transmiten diariamente una serie de lecciones prácticas *pregrabadas*, que llegan a las escuelas campesinas, núcleos parroquiales y veredales en que las clases se sintonizan en radio-receptores de frecuencia única. En cada escuela, hay un auxiliar campesino previamente capacitado en un instituto especial que funciona en la población de Sutatenza (Departamento de Boyacá). Una serie de carteles murales y de cartillas, complemen-

ta la enseñanza oral recibida radialmente. Este sistema ha permitido, no sólo la alfabetización de centenares de miles de campesinos adultos, muchos de los cuales pasan de los sesenta años de edad, sino que ha suscitado el mejoramiento de las condiciones materiales de vida de los trabajadores agrícolas.

Como asiduo colaborador de las Escuelas Radiofónicas de Acción Cultural Popular, y de sus emisoras de Bogotá y de Medellín —que en el nivel ciudadano realizan una labor cultural equivalente a la que cumplen en el ámbito rural las Escuelas Radiofónicas—, me atrevo a insinuar a los delegados a la II Conferencia Interamericana de Educación Musical la integración de un comité permanente que estudie la posibilidad de crear —desde emisoras oficiales, de propiedad de Universidades estatales e, inclusive, desde emisoras comerciales— organismos nacionales para la alfabetización musical de la niñez y de la juventud. Tales organismos, además, orientarían sus labores hacia las clases populares en edad adulta.

No se trata de un invento aventurado, sino de estudiar un plan sistemático que permita *adoptar y adaptar* la experiencia de que, en materia de alfabetización y de integración cultural rudimentaria, dispone Acción Cultural Popular, a efecto de emprender una vasta campaña de educación artística. Esta sería, en mi sentir, la manera más fácil, económica y viable para *sensibilizar musicalmente* a nuestros pueblos, supliendo la innegable y en ocasiones irremediable carencia de maestros elementales de música realmente capacitados.

En apoyo de esta iniciativa, me permito recordar que —de acuerdo con el autorizado concepto de Alphons Silbermann¹— la radio es una institución sociocultural, y que sus funciones *propias*, respecto de la música y de los músicos, son múltiples: en efecto, la radio es o debe ser *mecenas*, debe ser *educadora musical*, debe ser *intérprete*, debe ser *empresaria* y debe realizar *programas planificados*. Así como, respecto de la sociedad, sus funciones propias son las de *actualizar la cultura*, *orientar el sentido estético* y *colaborar activamente en el progreso intelectual de las masas populares*. La radiodifusión es la única universidad realmente popular: esto, si una bien encaminada política estatal le impone el cumplimiento de sus funciones propias y necesarias, desnaturalizadas hoy en día por el avance de bastardos intereses comerciales.

*
* *
*

El tiempo que se me ha señalado para la lectura de esta comunicación está agotado. Tengo, de consiguiente, que omitir lo relativo a las bases metodológicas, a virtud de las cuales podría adaptarse la experiencia de las Escuelas Radiofónicas de Colombia a la enseñanza popular de la música. En todo caso, someto muy respetuosamente esta iniciativa a la II Conferencia Interamericana de Educación Musical, para la cual deseo el mejor de los éxitos.

Si el proyecto que acabo de esbozar es acogido, los integrantes de ese posible comité permanente pueden estar seguros de contar con mi irrestricta colaboración. Sería muy deseable y muy factible, por lo demás, que visitaran Colombia para estudiar la organización de nuestras Escuelas Radiofónicas, con vista a adaptarla a esa futura y trascendental tarea de alfabetización musical de nuestra América. Bogotá, noviembre de 1963.

¹*La Musique, la Radio et l'Auditeur. Etude Sociologique.* Presses Universitaires de France. Paris, 1954.